

descentralización, comprenda, señor Vicens, que no tienen ni pies ni cabeza, pues sería la completa deshumanización de la sociedad, prescindiendo de ese valor sentimental que usted achaca, y que es totalmente necesario. Si Galicia quedase dividida en dos regiones totalmente autónomas una de otra, ¿se dejaría de ser gallego para ser norteño u occidental, por ejemplo?, ¿y nuestra lengua, nuestras tradiciones, nuestra cultura?, ¿cree usted que se podría prescindir de los valores morales? Pero quizá con el tiempo y por el camino que llevamos dejarán de existir Galicia, Cataluña o Valencia, para dar lugar a los fríos nombres de Noroeste, Nordeste o Levante.

Trataré ahora de responder someramente al señor D. L., que se dirigió al número 405 de esta revista con el tema titulado «Lengua nacional». Dice este señor que la mayoría de los países aceptan una sola lengua oficial. Aunque así fuera, ya dijo el padre Feijoo que «los ignorantes, por ser muchos, no dejan de ser ignorantes». Pero he aquí que muchos sólo poseen una lengua (= idioma), como Portugal, Alemania, etcétera, etcétera. En Europa los países con varios idiomas, o los tienen oficiales (Suiza, Bélgica, U. R. S. S., Eire), o les dispensan ayuda y atención, siendo prácticamente oficiales (el galés en Gran Bretaña), o tienden a la descentralización (Francia). En Italia, el Tirolo tiene autonomía, siendo cooficiales el italiano y el alemán. En fin, en España, el gallego y el catalán tienen y tuvieron una honda tradición cultural, que no puede compararse al pasado o presente del bretón, japonés o provenzal. Asimismo, el vasco comienza a tener importancia literaria. Pero aun en caso contrario, una lengua es el más hondo exponente de un pueblo, algo muy humano que no puede ser sojuzgado y eliminado, pues llevaría consigo la despersonalización y apatía del pueblo que representa, algo que usted, como castellano, no alcanzará a comprender. ■ A. L. (Orense).

## CONVIVENCIA IDIOMÁTICA

Si tan sólo «los idiomas nacionales con una gran literatura y hablados por decenas de millones» (núm. 405, carta de D. L.) pueden obtener un rango oficial en países plurilingües, ¿qué esperamos para conferirle al gallego? No difiere del portugués mucho más que el flamenco del holandés. Claro es que no se precisa tanto como exige D. L. para que los idiomas, en que se expresan numerosos españoles normalmente, tengan los

derechos necesarios. La educación en lengua materna (al menos en primaria) no reportaría más que beneficios a una mayor asimilación y a un mejor aprovechamiento de nuestro bilingüismo. No existe ánimo de suplantar el castellano, común medio de comunicación entre los españoles y con el extranjero (canal de las obras en catalán para llegar a mercados exteriores). Yo creo que las cuatro lenguas españolas, modernos vehículos de cultura y comunicación, todas, pueden convivir y cumplir las funciones de toda lengua. D. L. incurre en el equívoco tan extendido de considerar el catalán, valenciano, dialectos baleares, como otras tantas lenguas, cuando no son sino variantes de una sola, el catalán (o llámese «equis»). ¿Cuál sería la reacción de D. L. si hablásemos de «la lengua murciana», «la lengua argentina»? Sin necesidad de someterse a un patrón purista y absoluto de la lengua en el habla o la escritura, los catalanes —hablantes de regiones distintas— se entienden sin dificultad y no descubren diferencias esenciales entre sus hablas respectivas. ■ CARLOS TORRES (Barcelona).

## OPINIONES APASIONADAS

He comprado TRIUNFO por primera vez, debido a la publicación de un artículo de J. Cortázar, y también para conocer esta revista. En la sección destinada a los lectores me he encontrado con la opinión del señor D. L., de Madrid, con la cual quiere cerrar una polémica que, por lo visto viene sucediéndose sobre la cultura catalana. Si hay algo insoportable para mí, no son unas opiniones en sí, sino aquellas que, apasionadas y faltas por completo de rigor, pretenden alcanzar ultimidad. Lo encuentro tan absurdo como el que yo u otra persona cualquiera intente generalizar sus ideas. Y veo que la carta del señor D. L. es modélica en cuanto a esto se refiere; me remito a ella:

«Un examen imparcial nos enseña...» (¿A quiénes?) «Las excepciones son poco representativas». (¿Pretenden ser representativas las excepciones?) «Por tratarse de Estados poco homogéneos...» (¿Como el nuestro? ¿O acaso los conoce mejor?) (...) Sin afán de molestar, creo que a veces es perjudicial el jugar a un juego que ya ha dejado de jugarse.

También quisiera añadir que he encontrado en esta revista unos chistes muy divertidos, como los de Bosc, Sempé y otros. ■ R. B. (Barcelona).

## HOLZ

